

## UN NUEVO Y ORIGINAL MUSEO

*Alfonso Arellano Hernández\**

En noviembre de 2001 tuvo lugar la inauguración de un museo peculiar dentro del conjunto de tales recintos culturales mexicanos. Me refiero al Museo de la Pintura Mural Teotihuacana.

Está ubicado a un lado del “estacionamiento 4”, el de la Pirámide de la Luna, en lo que iba a ser un centro comercial. Al cabo de la superación de algunos problemas que atañían al Instituto Nacional de Antropología e Historia, se tuvo a bien reestructurar el edificio con el fin de aprovechar los espacios destinados a aquel tan poco cultural objetivo. Así, hoy el edificio se divide en dos secciones. Un área alberga al museo propiamente dicho (salas de exposición y oficinas) y otra da cabida a salones de usos múltiples: de juegos, de talleres, biblioteca, auditorios y espacios dedicados sobre todo a que los niños tengan contacto directo con las numerosas tareas que implican excavar, limpiar, consolidar, conservar y preservar los ejemplos de nuestro pasado prehispánico.

El museo se divide en varias salas temáticas, división que no es patente excepto por el cambio de explicaciones en las cédulas pertinentes (es decir: el discurso museográfico es continuo). La primera sala introduce a la cultura teotihuacana, tanto en su desarrollo particular como en sus relaciones con otras civilizaciones contemporáneas de Mesoamérica; apreciamos, pues, los rasgos que distinguen a Teotihuacán. Otra sala muestra cómo se realizaron los murales, desde la preparación de los pigmentos hasta la factura del muro, los aplanados de cal y las técnicas pictóricas. Más adelante se presentan varios temas caros a la iconografía teotihuacana: aspectos astronómicos, biológicos (fauna, flora, y su aprovechamiento), sacerdocio, rituales y dioses, todo ilustrado con los fragmentos de murales puestas y con diversos recursos visuales y de información.

En tal sentido cabe destacar el apoyo que dan distintos objetos arqueológicos, destinados a la mejor comprensión del fenómeno pictórico. Cite-

\* Centro de Estudios Mayas, Instituto de Investigaciones Filológicas.

mos, a manera de ejemplo, maquetas originales teotihuacanas, antiguas plomadas y bruñidores, vasijas con pigmentos, mica, incensarios, esculturas en barro y piedra. Otro tanto sucede con el rescate y exposición de fotografías y dibujos de las primeras excavaciones en Teotihuacán, desde tiempos de Manuel Gamio y Leopoldo Batres, con dibujos invaluable por cuanto son la única referencia que tenemos acerca de murales hoy desaparecidos. Mención especial merece la reconstrucción (a escala natural) de un pórtico de Tetitla, con sus imágenes tal como pudieron apreciarse en la época de esplendor de esa ciudad, y según se ha colegido de incontables estudios con el fin de que el espectador tenga breve acercamiento al “cómo pudo ser” lo que ahora son ruinas.

Amén de tales rasgos, se hallan aspectos innovadores en el discurso museográfico, que resultan en un museo diferente. Se trata de maquetas modernas que dan cuenta de los espacios pintados en Teotihuacán y los saberes de índole astronómica, de filmaciones por medio de las cuales se ofrece un fragmento del famoso mito “La creación del Quinto Sol” y de la forma de pintar un mural (el primero se inspira en la singular tradición del teatro de sombras, mientras que el segundo es breve recreación por computadora).

Debe agregarse que el museo es de los pocos, en nuestro país, donde se patentiza la preocupación por hacer agradable la visita del público. La arquitectura, las luces, la disposición de las vitrinas y los espacios abiertos (a modo de patios internos, con ventanales), las explicaciones (cédulas de sala y de las piezas), el ambiente calmo y con sonidos y música *ad hoc*, todo ello se conjuga de suerte que se recibe la impresión de un sitio apacible, donde el conocimiento puede llevarse a efecto sin grandes tumultos de gente y sin ese ambiente oscuro y sombrío que ha prevalecido en tales recintos culturales mexicanos a lo largo de varios años. Asimismo, los trabajadores forman un equipo entusiasta y ávido de aprendizaje en muchos sentidos, cuestiones que comparten con quienes visitamos ese museo. De hecho, por diversos comentarios de los visitantes, podemos apreciar que este es un lugar donde el público no pierde las ganas de hablar, pues carece del carácter casi religioso (por no decir “fúnebre”) que percibimos en otros museos del país.

Por todo lo dicho, el Museo de la Pintura Mural Teotihuacana aparece como un espacio *sui generis* donde no sólo se muestran objetos arqueológicos *per se*, sino cómo se vinculan, junto con los resultados de estudios diversos, para dar un panorama lo más completo posible de la pintura

mural teotihuacana. Nos encontramos, pues, frente a frente con una de las expresiones plásticas más delicadas y ricas del México antiguo casi al alcance de la mano. Y podemos caminar por medio milenio de obras pictóricas murales que nos legó esa ciudad extraordinaria hoy llamada Teotihuacán para comprenderla un poco más y saber que no todo en ella ha muerto.